

MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO

Los niveles de salud, de bienestar y de calidad de vida de cualquier grupo social son al final resultantes muy directos del modo como dicho grupo trata al ambiente en aras de su propio beneficio. La interacción entre el ambiente, la sociedad y el sistema internacional ha generado igualmente la explotación de los recursos naturales en función de las necesidades industriales contemporáneas.

Parece de sumo interés destacar y deducir del presente artículo la estrechísima relación que existe en consecuencia entre las actitudes que una sociedad adopta para darse tales o cuales estilos de desarrollo y el condicionamiento que éstos tienen en los niveles de salud pública y de calidad de vida, enfatizándose de este modo la gran dependencia de estos niveles del contexto global sociocultural y ambiental.

DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE EN AMERICA LATINA

OSVALDO SUNKEL *

El medio ambiente de la sociedad latinoamericana —entendido como su entorno biofísico natural y sus sucesivas transformaciones artificiales, así como su despliegue espacial—, ha sido uno de los elementos estructurales fundamentales que han condicionado su desarrollo histórico (1). Otro, ha sido la considerable influencia que una serie de potencias —especialmente España, Portugal, Gran Bretaña y los Estados Unidos de Norteamérica— han ejercido a través de la historia sobre las sociedades latinoamericanas, sus estilos de vida y sus patrones de desarrollo (2).

Alrededor de la década de 1940 esta interacción entre el ambiente, la sociedad y el sistema internacional había generado sociedades caracterizadas por la explotación de una parte considerable de sus recursos naturales —tierra y minerales— en función de las necesidades de alimentos y materias primas de los países industriales. Sus demandas, inversiones y tecnologías determinaban en gran medida la naturaleza e intensidad de uso de aquellos recursos en que América Latina tenía ventajas comparativas. Con el tiempo, este proceso afectó el medio ambiente, ya que llevó al agotamiento de las reservas más nobles de muchos recursos no renovables, a la tala masiva de los bosques, el sobreuso de algunas de las mejores tierras agrícolas y a la redistribución regional y urbano-rural de la población.

El excedente financiero derivado de la explotación de los recursos naturales fluía en su mayor parte hacia el exterior, favoreciendo el desarrollo de las sociedades metropolitanas. La parte que era retenida localmente se destinaba a financiar la importación de bienes de consumo de lujo para los dueños de la tierra y los grupos urbanos relacionados con ellas, lo que les permitiría reproducir hasta cierto punto los estilos de vida de las sociedades dominantes. Permitiría también algunas inversiones públicas y privadas en edificaciones e infraestructura urbana, ferrocarriles y comunicaciones, puertos y algunas obras de irrigación en las áreas rurales.

La industria manufacturera que se había desarrollado en los países más grandes y ri-

* Este trabajo fue preparado originalmente con ocasión del Seminario CEPAL/PNUMA sobre Estilos de Desarrollo y Medio que se realizó en CEPAL en noviembre de 1979. Esta versión ha sido revisada y puesta al día. Una selección de los trabajos presentados a dicho Seminario se ha publicado en la obra en dos volúmenes, titulada **Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en la América Latina**, selección de O. Sunkel y N. Gligo, Serie Lecturas (Nº 36), Fondo de Cultura Económica, México, 1981. La Revista de la CEPAL Nº 12, diciembre de 1980, también trae una serie de trabajos sobre el mismo tema. El autor es Coordinador de la Unidad de Desarrollo y Medio Ambiente de la CEPAL. Las opiniones expresadas en este trabajo son personales.

cos consistía principalmente de establecimientos medianos y pequeños en ciertas ramas de la industria liviana, tales como los textiles, la industria del cuero y del calzado, de productos alimenticios, jabones, muebles y otras. Como todas estas industrias se basaban en la elaboración de materias primas derivadas de recursos naturales locales, y como los fletes internos eran relativamente elevados en razón del escaso desarrollo de la infraestructura nacional de transportes, estas industrias se localizaban cerca de sus fuentes de insumos, principalmente cerca de las ciudades capitales, pero también en varios centros regionales. Por consiguiente, la contaminación industrial no era de significación.

La agricultura tradicional consistía fundamentalmente de una mezcla compleja e interrelacionada de latifundios y minifundios. Los primeros se caracterizaban por la subutilización de la tierra, mientras que los últimos por la intensa sobreutilización de los suelos, con las consecuencias en términos de erosión y desertificación. Este era particularmente el caso en aquellos países, como México, Guatemala y los países andinos de Sudamérica, en donde existían grandes contingentes de población nativa en la agricultura de subsistencia, los remanentes del colapso de los grandes imperios azteca, maya e inca. Las condiciones de vida de los pobres urbanos y rurales (3) eran sumamente precarias, según lo indicaban sus escasos ingresos y la falta casi completa de servicios públicos básicos de educación, salud y vivienda. Este amplio sector de la población se caracterizaba por la baja expectativa de vida, la elevada mortalidad general e infantil, la desnutrición, el analfabetismo y el hacinamiento.

Este es el telón de fondo, las condiciones iniciales, que han de tenerse en cuenta cuando se estudie el desarrollo de la era de postguerra.

El desarrollo en América Latina en las tres últimas décadas ha consistido fundamentalmente en la incorporación del estilo de vida de las sociedades industriales de occidente, en particular el de los Estados Unidos, que surgió como el centro hegemónico del sistema capitalista después de la Segunda Guerra Mundial. Las minorías que poseían los niveles de ingresos requeridos adoptaron de ellas sus patrones de consumo, las residencias suburbanas, las estructuras familiares nucleares, el hábito del "week-end" y los va-

lores y la cultura de la sociedad industrial de masas. Este proceso de incorporación de nuevos estilos de vida pronto se extendió a sectores sociales más amplios. En ello influyeron, entre otros, tres factores principales.

En primer lugar, el Estado comenzó a desarrollar una actividad más amplia e influyente, extendiendo su alcance tanto en términos de la recolección de impuestos como de la expansión de sus actividades administrativas, económicas y sociales. Las recaudaciones tributarias aumentaron mediante un mayor gravamen a los sectores exportadores de productos primarios, que eran los de mayor productividad y los principales generadores de excedentes de ingresos y divisas. Estos recursos financieros adicionales se usaron en seguida para promover el desarrollo económico (inversiones de infraestructura, proyectos industriales, modernización agrícola) y mejorar las condiciones sociales (servicios de salud, educación, vivienda y seguridad social).

En segundo lugar, el sector industrial, que había disfrutado de un fuerte proteccionismo como consecuencia de la crisis mundial del capitalismo en la década de 1930 y de la Segunda Guerra Mundial, tuvo un nuevo impulso en virtud del apoyo adicional que le brindaron las políticas de desarrollo económico del Estado en el período de la postguerra. Este desarrollo industrial, como ya se ha señalado, había tomado inicialmente la forma de la creación y expansión de las industrias livianas orientadas hacia los mercados más amplios de las clases medias y populares, principalmente urbanas.

Hacia fines de la década de los años 40 y comienzos de la siguiente, el acento en la política industrial se reorientó hacia las industrias pesadas para producir los principales insumos industriales básicos: hierro y acero, electricidad, extracción y refinación de petróleo, cemento. Se trataba de utilizar recursos naturales que estos países poseían, pero que se desaprovechaban en gran medida.

En tercer lugar, hacia fines de la década de 1950, cuando esta recién creada estructura industrial podría haberse utilizado para ampliar la producción destinada a la satisfacción de las necesidades fundamentales de la mayoría de la población, y para diversificar

las exportaciones con el objetivo de reducir la excesiva dependencia de unos cuantos productos primarios, se produjo una dramática reorientación del proceso de desarrollo (4).

La influencia combinada de las élites locales y de los grupos de altos ingresos, que deseaban intensificar la adopción del nuevo estilo de vida; el efecto de demostración de estas élites y de los nuevos medios de comunicación de masas en expansión sobre el resto de la población; y el renovado vigor con que se expandía nacional e internacionalmente el capitalismo norteamericano, europeo y japonés, produjeron una considerable reorientación de las estrategias de desarrollo que se venían siguiendo. El acento cambió hacia la reproducción local de los patrones de producción de los países industriales, justamente aquellos patrones de producción que se encontraban en la base del nuevo estilo de vida de las sociedades industriales (5).

Por consiguiente, el desarrollo industrial, asociado íntimamente con las subsidiarias de las corporaciones transnacionales, se concentró básicamente en el desarrollo de la industria automotriz, la producción de bienes durables de consumo, productos electromecánicos y electrónicos, papel y celulosa e industria petroquímica, utilizando la tecnología altamente capital y energía (petróleo) intensiva, característica del nuevo patrón de desarrollo de las sociedades industriales, lo que involucraba además una fuerte dependencia del exterior.

En los transportes, el petróleo y la electricidad desplazaron al carbón en ferrocarriles. Los propios ferrocarriles y sobre todo la tracción animal, fueron desplazados por el automóvil privado, los autobuses y los camiones, y para distancias más largas, por el avión: el nuevo estilo de transporte, altamente intensivo en capital, energía (petróleo) e importaciones, desalojaba al tradicional.

Continuando una política iniciada en la década de 1930 en algunos países, se construyeron grandes represas, sistemas de irrigación y drenaje, y otros proyectos de infraestructura tales como caminos y electrificación rural. Inspirado todo ello en buena medida en la experiencia de la Autoridad del Valle del Tennessee de los Estados Unidos. Se promovió y financió también la mecanización agrícola y más recientemente, la "Revolución Verde", con sus nuevas variedades de semillas de alto rendimiento y la aplicación masiva

de fertilizantes, pesticidas y fitorreguladores. De esta manera, la tecnología altamente intensiva en capital, en energía e importaciones también penetraba las áreas rurales (6).

En la industria de la construcción, los métodos, diseños, materiales, conocimientos y hasta recursos humanos altamente intensivos en el empleo de capital, energía e importaciones, desplazaban la industria de la construcción existente, e incluso las costumbres, tradiciones, materiales locales y habilidades con las cuales la mayor parte de la población construía tradicionalmente sus casas.

Se puede aplicar este razonamiento a otros sectores de la economía como la pesca (7), la industria forestal (8), el comercio, las finanzas, la salud y la educación. Siempre se encontrará que, en mayor o menor medida, nuevos métodos, criterios, tecnología, maquinaria y formas de organización importados, capital y energía intensivos, están desplazando y reemplazando los patrones preexistentes. La adopción del nuevo estilo de vida por los sectores más o menos adinerados produjo eventualmente una masiva reestructuración del sistema productivo. Esto ha significado la creación de un patrón de desarrollo que corresponde parcialmente al nuevo estilo de vida, y el desplazamiento y desorganización de los patrones de desarrollo y los estilos de vida preexistentes. El resultado es una estructura económica y social sumamente heterogénea, caracterizada por complejas interrelaciones entre sus partes. Esta es entonces la conexión estructural entre estilos de vida y patrones de desarrollo en América Latina.

En virtud de las economías de escala que caracterizan a la moderna tecnología altamente intensiva en capital, energía e importaciones, y otros factores adicionales, las nuevas actividades industriales, comerciales, financieras, de infraestructura, y los nuevos servicios públicos de vivienda, salud y educación tienden a localizarse en gran medida en las ciudades mayores, y particularmente en las capitales. Por contraste, buena parte de las actividades en decadencia y en vías de reemplazo estaban bastante más dispersas en diferentes regiones y ciudades menores. En particular, la modernización de la agricultura desplaza grandes cantidades de población, parte de la cual se retiene en las áreas rurales más pobres, mientras que otra parte se

dirige hacia regiones de colonización de frontera, y los restantes simplemente abandonan las zonas rurales. Todos estos factores de expulsión y atracción han estimulado una migración masiva de población de los sectores rurales y zonas en decadencia hacia las ciudades principales y, sobre todo, las capitales, dando lugar a un proceso acelerado y masivo de urbanización (9).

En virtud de los escasos recursos disponibles para la expansión de la infraestructura urbana, al proceso de especulación con la tierra urbana y a la falta de un nivel de ingresos razonable y estable de una gran proporción de la población urbana, las ciudades también se han convertido en estructuras heterogéneas caracterizadas por una mezcla de áreas céntricas que crecen en altura albergando las oficinas públicas y los distritos comerciales y financieros, zonas suburbanas residenciales y comerciales caracterizadas todas por el nuevo estilo transnacional, junto a zonas intermedias más antiguas y en decadencia y barrios obreros en las zonas industriales, todo ello rodeado e infiltrado por una marea creciente de poblaciones marginales.

El análisis llevado a cabo hasta aquí constituye el trasfondo para el examen del nexo entre los nuevos estilos de vida y su correspondiente patrón de desarrollo, y los aspectos relacionados con el medio ambiente (10).

Las políticas de desarrollo de las pasadas décadas han generado un considerable crecimiento económico, un intenso proceso de incorporación de innovaciones tecnológicas y un cambio significativo en la composición del consumo y la producción, tanto entre como dentro de los diferentes sectores de la economía (11). Ello ha sido acompañado por cambios muy importantes en la distribución regional y urbano-rural de la actividad económica (12). La población también ha crecido rápidamente e importantes flujos migratorios han cambiado sustancialmente su distribución entre regiones y entre áreas rurales y urbanas. Como la producción y el ingreso han crecido mucho más que la población, a pesar del rápido crecimiento de esta última, los niveles de ingreso per cápita también han aumentado notablemente, y con ello se han elevado los niveles de vida. Así lo demuestran los mejoramientos de indicadores tales como la expectativa de vida, la mortalidad general e infantil, el grado de alfabetización, entre otros. Sin embargo, estas cifras promedias

ocultan una distribución sumamente desigual de los frutos del progreso, ya que la mayor parte del aumento del ingreso ha beneficiado a los grupos de ingresos medios y altos, que reciben una elevada proporción del ingreso total, mientras un 40% de la población queda bajo la línea de pobreza, y un 20% bajo la línea de extrema pobreza. Pero aun cuando la desigualdad es muy grande, y puede que incluso se haya agudizado, el nivel absoluto de vida de los pobres también es probable que haya mejorado algo.

Todas estas transformaciones han tenido un impacto considerable sobre el medio ambiente: una gran intensificación y fuertes cambios en la explotación de los recursos naturales, tanto renovables como no renovables, así como un intenso cambio tecnológico; una considerable redistribución espacial de la actividad humana y, en particular, una urbanización acelerada y fuerte concentración industrial; y un proceso nuevo y sin precedentes de generación altamente concentrada de desechos y contaminación industrial, urbana y agrícola.

La industria ha crecido casi 7% por año (1950-1970) y ha alcanzado un cuarto del producto bruto en promedio para América Latina, con cifras sustancialmente superiores para algunos países como Brasil y México. La estructura industrial ha cambiado de muchas maneras; en cuanto a la composición de la producción, los sectores automotriz, petroquímico, siderúrgico, de bienes durables y artículos eléctricos y electrónicos han crecido rápidamente, mientras que los sectores tradicionales, como textiles, calzado, alimentos y otros han quedado rezagados. Por lo que se refiere a la estructura de los mercados, las empresas de mayor tamaño, que utilizan las modernas tecnologías importadas, y que frecuentemente son subsidiarias de empresas transnacionales, se han expandido rápidamente, desplazando empresas medianas y pequeñas locales, y estableciendo en muchos casos posiciones monopolísticas u oligopólicas. Esta concentración de la propiedad y de los mercados también ha implicado concentración geográfica, ya que muchas de las nuevas empresas de mayor tamaño se han establecido cerca de los principales mercados urbanos, en particular los productores de bienes de consumo durables (13).

Esta nueva estructura industrial representa la instalación local de la estructura producti-

va que sustenta los nuevos estilos de vida. Ella depende en forma aguda de la importación de bienes de capital, materias primas, energía (petróleo), productos semiterminados, tecnología, conocimientos, diseños, marcas y técnicas de mercadeo. Esta dependencia se renueva permanentemente en la medida en que se introducen continua y sucesivamente nuevos productos, procesos e innovaciones. De esta manera el proceso de industrialización y modernización se apoya crecientemente en bienes y servicios importados, con la consiguiente incidencia sobre la balanza de pagos, la que, a su vez, es preciso financiar mediante un aumento de las exportaciones de productos primarios basadas en la explotación de los recursos naturales. Estos se exportan para financiar un estilo de vida que se asienta, cada vez más, en insumos importados en lugar de apoyarse en la propia dotación de recursos naturales.

El notable incremento del uso de energía se traduce en un aumento del comercio internacional del petróleo. Esto se ha traducido, aparte de otros fenómenos importantes, en una serie de problemas de contaminación marina derivados de su transporte internacional (14).

El rápido crecimiento, el nivel absoluto ya alcanzado y la creciente similitud de la tecnología industrial y de la estructura productiva con la de los países industriales, junto a un grado de concentración geográfica aún más pronunciado y a una ausencia casi completa —hasta hace poco— de preocupación por el problema de los desechos industriales, está teniendo efectos muy serios en materia de contaminación y deterioro ambiental en todas las principales áreas industriales de América Latina, las que generalmente coinciden con las principales ciudades de la región, y, por tanto, afectan gravemente la calidad de la vida de su población.

La mecanización agrícola, la construcción de grandes represas y sistemas de irrigación, y el conjunto de elementos que constituyen "la revolución verde" también han tenido efectos sociales y ecológicos muy serios (15). Una de las consecuencias principales ha sido el aumento de la productividad por hombre en las fincas modernizadas, con el consiguiente desplazamiento de la mano de obra. Una gran parte de ésta emigró hacia las ciudades, como ya se indicó. Pero otros han permanecido en el sector rural, ya sea manteniéndose

en áreas de minifundio o en tierras marginales o incorporándose al proceso de colonización de nuevas tierras de frontera. Como la mayor parte de las mejores tierras agrícolas de América Latina ya se habían incorporado al cultivo hacia 1950, la incorporación de nuevas tierras ha tenido lugar principalmente en áreas tropicales o semitropicales. Este proceso comenzó más o menos espontáneamente como una consecuencia de la modernización rural y de la presión adicional de la población sobre la tierra. Pero ha sido estimulado por numerosos proyectos de construcción de carreteras de penetración del interior. La consecuencia ha sido una masiva deforestación de las selvas tropicales y semitropicales. Dados los frágiles suelos y las fuertes lluvias tropicales de estas regiones, ello ha llevado rápidamente a la degradación de los ecosistemas, y particularmente de los suelos de esas áreas, obligando a los colonizadores a insistir con nuevas áreas, que corren similar suerte: una viciosa dinámica acumulativa con devastadoras consecuencias ecológicas (16). Según cálculos de CEPAL el ritmo de deforestación anual es entre 5 y 10 millones de hectáreas, lo que equivale a 5 veces la producción de madera anual de América Latina.

En las áreas de minifundio y tierras marginales la presión demográfica se acrecienta, llevando inevitablemente a la sobreutilización de los suelos y, por consiguiente, a la acentuación de la erosión. Como estas tierras generalmente se encuentran en las laderas de fértiles valles, donde frecuentemente se localizan represas y sistemas de irrigación, la erosión contribuye a la sedimentación de ríos y tranques (17).

La propia modernización tiene efectos ecológicos bien conocidos: los nuevos sistemas de irrigación acentúan los procesos de salinización de los suelos en muchos casos y el uso para el riego de aguas contaminadas de ríos y canales envenenan con frecuencia los alimentos. El consumo de fertilizantes se incrementó entre 1951 y 1972 a la impresionante tasa anual de 13,9%. El uso masivo de pesticidas puede contribuir al desarrollo de variedades resistentes de insectos al interferir en equilibrios ecológicos naturales. Como consecuencia hay casos en que han resurgido pestes y enfermedades como la malaria, que ya se creían definitivamente controladas. El uso masivo, y muchas veces el abuso, de insumos químicos en la agricultura ha llegado por lo demás en muchos casos, al tramo don-

de los rendimientos son decrecientes y, por lo tanto, se requieren dosis cada vez mayores para lograr al menos mantener la producción.

Otro problema muy serio en las zonas semiáridas de América Latina es la desertificación, que ha avanzado dramáticamente en el pasado reciente.

Como se ha mencionado antes, uno de los cambios más importantes en las últimas décadas ha sido la urbanización. La región tiene ya cerca de la mitad de su población en ciudades y la principal característica es la enorme concentración de esa población urbana en sólo una o dos ciudades de gran tamaño en cada país. Ciudad de México, Buenos Aires, Río de Janeiro y Sao Paulo están entre las ciudades más grandes del mundo, y varias otras capitales ya cuentan con sobre tres o cuatro millones de habitantes. Muchas continúan creciendo a tasas que alcanzan el 5% o más.

Este proceso tiene varias consecuencias en materia de medio ambiente. Significa una gran demanda de tierra urbana, cuya propiedad está concentrada generalmente en muy pocas manos. Esto da lugar a una intensa especulación de bienes raíces, cuyos precios aumentan velozmente y causan una redistribución regresiva de ingresos de los numerosos compradores a los escasos intermediarios y propietarios vendedores. También implica que los proyectos de desarrollo urbano tienen que destinar una gran proporción de recursos públicos a la compra de tierras encarecidas por la especulación. Además, dada la distribución extremadamente desigual de los ingresos, y su nivel medio relativamente bajo, una proporción mayoritaria de la población urbana carece de los recursos necesarios para adquirir un sitio, y debe, por consiguiente, pagar elevados arriendos a propietarios rentistas. Uno de los efectos de esta situación es la extensión geográfica de las ciudades, ya que las áreas rurales y pueblos adyacentes ofrecen soluciones habitacionales más baratas (18). Esto lleva con frecuencia a la destrucción de tierras agrícolas excepcionalmente fértiles, ya que las ciudades fueron fundadas originalmente en los mejores valles.

Esta suburbanización ha sido enormemente facilitada por la gran expansión del transporte automotor, tanto de automóviles privados como de autobuses del transporte público. En

la medida que este proceso ha ido adquiriendo gradualmente las enormes proporciones características de las mayores capitales de la región, el fenómeno de la congestión en el transporte urbano ha tomado caracteres de pesadilla. Fuertes inversiones en pistas de alta velocidad, pasos bajo y sobre nivel, complejas intersecciones y distribuidores de tráfico, generalmente no han hecho sino agravar la congestión y el caos: la velocidad media de los automóviles en las horas de mayor tráfico en ciertos tramos de ciudades como México, Caracas, Río de Janeiro y Sao Paulo, es apenas similar al doble de la velocidad de caminar (19). La extensión de la jornada que tiene que realizar un obrero industrial en Sao Paulo entre sus lugares de residencia y de trabajo se estima en cuatro horas diarias. La contaminación del aire ha alcanzado niveles que superan lo aceptable en varias capitales latinoamericanas y los accidentes del tránsito han llegado a ser una de las importantes causas de muerte. Los niveles de ingreso monetario están en general incrementándose, pero la calidad de la vida urbana se está deteriorando.

El problema urbano más dramático de América Latina es, indudablemente, la pobreza masiva, el desempleo, el subempleo y las precarias condiciones de vivienda que caracterizan a una enorme y creciente proporción de la población urbana. Las poblaciones denominadas marginales tienen un acceso sumamente limitado a la tierra urbana y a los servicios públicos. Ellas se establecen a lo largo de las riberas de ríos y canales, barrios industriales, estaciones y líneas de ferrocarril, quebradas y laderas de cerros, áreas todas que no tienen otra utilización ni valor en virtud de su peligrosidad, desagrado, los riesgos que entrañan para la salud, su difícil acceso, larga distancia, etc. Carecen de los más elementales servicios públicos tales como calles pavimentadas, agua potable, alcantarillado y servicios de basuras, electricidad, transporte público y policía. Sus viviendas, si es que pueden llamarse así, son construcciones precarias hechas de toda clase de materiales de desecho (20).

Se trata de áreas en que prevalece un grado desmedido de hacinamiento y donde la gente sobrevive en las peores condiciones ambientales: aire, agua y suelos contaminados, promiscuidad con animales domésticos, todo lo cual favorece la multiplicación de ratas e insectos y otros portadores de toda cla-

se de enfermedades. No es de sorprenderse que bajo estas condiciones algunas plagas que habrían sido eliminadas o que estaban más o menos bajo control, hayan revivido nuevamente en ciertas ciudades, y que algunos indicadores tales como la mortalidad infantil, estén nuevamente en aumento en algunos casos, después de décadas de disminución (21). Grandes esfuerzos e inversiones en campañas de salud pública han vuelto a ser necesarios para evitar que dichas enfermedades se propaguen y para mejorar las condiciones de higiene de las poblaciones marginales.

Esta situación ambiental combinada con las precarias características en materia de empleo e ingresos tienen también efectos sobre las condiciones sociales de la población marginal: elevados niveles de delincuencia, especialmente juvenil, prostitución, vagancia, alcoholismo, etc. Pero al mismo tiempo existe la determinación de parte de una gran mayoría de esta población, de superar y sobrevivir estas terribles condiciones. Ello queda demostrado por el proceso gradual de mejoramiento y consolidación que tiene lugar en muchas áreas marginales y en sus habitaciones individuales, así como en la organización que muchas veces se dan para obtener algunos servicios básicos de las autoridades y otros esfuerzos colectivos destinados a mejorar su medio ambiente y a crear un mínimo de organización social (22).

Después de revisar algunas de las principales interrelaciones entre los estilos de vida, los patrones de desarrollo y el medio ambiente en América Latina, se plantea inevitablemente la pregunta de hasta qué punto el estilo de desarrollo transnacional que emerge en América Latina es realmente sostenible a largo plazo, y si ofrece perspectivas de un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Como se ha señalado, el estilo emergente es en gran medida de origen importado, y su expansión se alimenta progresivamente de sucesivas innovaciones tecnológicas importadas. La considerable estructura económica y social que se ha construido en la región de esta manera durante las últimas décadas, básicamente una estructura urbana, se sostiene en último término sobre la base de la explotación de sus recursos naturales y de la exportación de los productos primarios derivados de ella. Es legítimo preguntarse si no es

acaso muy peligroso y arriesgado financiar un estilo de vida y de desarrollo que no es autosustentable, mediante la exportación de recursos naturales más o menos limitados y sustituibles, sujetos, además, a los vaivenes del mercado internacional.

Vista como una estrategia de largo plazo, es preciso clarificar algunas cuestiones básicas: ¿puede este patrón de desarrollo generar eventualmente una diversificación y expansión del potencial de exportaciones suficientemente amplio y dinámico como para financiar buena parte de sus propias necesidades crecientes de financiamiento externo? ¿Es esto posible sin modificaciones sustanciales en el orden económico internacional? ¿Cuál es la amplitud y calidad de las reservas de recursos naturales renovables y no renovables? ¿Se manejan estos recursos racionalmente y en forma adecuada, en vista sobre todo de la necesidad de mantener una base de recursos adecuada para las generaciones futuras? ¿Se están reinvertiendo sabiamente los excedentes financieros generados por la explotación de los recursos naturales, es decir, de tal manera que se mantenga y amplíe la base de recursos y de capital de la sociedad en el largo plazo? ¿Se están desarrollando las capacidades tecnológicas necesarias para todas estas tareas?

Estas preguntas se hacen aún más acuciantes cuando se plantea la satisfacción de las necesidades más apremiantes de la mayoría de la población. Dado el hecho innegable que la estrategia de desarrollo prevalente no ha logrado alcanzar dicho objetivo a pesar del rápido ritmo de crecimiento económico, y la extrema desigualdad entre los adinerados y los pobres, se hará inevitable tarde o temprano introducir o ampliar las políticas destinadas a mejorar las condiciones de vida de éstos. En otras palabras, tendrá que expandirse la producción de bienes básicos en los sectores de la alimentación, el vestuario, el calzado, y de los servicios básicos de seguridad social, vivienda, salud y educación. ¿Será esto compatible con la continuación del estilo de desarrollo actual, ya sea en términos de recursos financieros como de recursos naturales renovables y no renovables? ¿Será posible esto no obstante la subutilización masiva de recursos humanos que entraña la actual estrategia de desarrollo? ¿Es compatible con las tendencias actuales hacia la centralización administrativa, la concentración económica, la centraliza-

ción urbana y la utilización de una tecnología que se caracteriza por ser altamente intensiva en capital, energía e importaciones?

Además, el nivel que ha alcanzado el problema de los desechos y la contaminación, al menos en algunos de los países relativamente más industrializados de América Latina, ya no se puede ignorar. Está teniendo serios efectos negativos sobre la salud de la población, en particular de los más pobres, sobre la calidad de la vida urbana en general, y está exigiendo gastos e inversiones voluminosos y crecientes tanto públicos como privados a fin de remediar y prevenir sus efectos. El crecimiento económico y la concentración urbana, bajo el presente estilo de desarrollo, comienzan a autoanularse; los beneficios de ingresos mayores y niveles de consumo más elevados comienzan a socavarse por los efectos del deterioro del medio ambiente y los crecientes gastos necesarios para remediarlos (23).

El problema enunciado en los párrafos anteriores no se ha investigado a fondo en América Latina y no hay posiciones claras al respecto. En particular, en relación a la capacidad del medio ambiente de sostener un proceso de desarrollo de largo plazo a lo largo de las líneas del presente estilo de desarrollo. Esta es una tarea urgente, ya que la persistencia en el camino presente sin prestar mayor atención a los aspectos relacionados con los recursos y el medio ambiente, sin mencionar los problemas de la inequidad, la dependencia y el subempleo, podría tener consecuencias catastróficas en el largo plazo.

Esto no quiere decir que haya que dejar en suspenso la necesidad del crecimiento económico. El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad es un requisito insustituible para el mejoramiento de las condiciones de vida de la población. Pero como he intentado mostrar en este trabajo, diferentes estilos de desarrollo tienen consecuencias diversas en cuanto a la utilización de los recursos, el grado de concentración geográfica y la incidencia del problema de los desechos y la contaminación. El crecimiento económico debe continuar en América Latina a fin de generar los recursos necesarios para satisfacer las necesidades más esenciales de la población, pero tendrá que ser como parte de un estilo de desarrollo alternativo.

No es posible hacer otra cosa aquí que sugerir algunas de las características que ten-

dría que tener un estilo alternativo de desarrollo que fuera compatible con la satisfacción de las necesidades fundamentales de la mayoría de la población y con la preservación y valorización de la base de recursos y del medio ambiente de la sociedad. Tendrá que depender gradualmente menos de las fuentes fósiles de energía (particularmente petróleo) y cada vez más de fuentes renovables y menos contaminantes; tendrá que desarrollar tecnologías mucho más intensivas en el uso de la mano de obra y más apropiada a la base de recursos naturales (24), tendrá que apoyarse en mucho mayor medida en el reciclaje de los desechos y desperdicios y administrar los recursos naturales con conocimientos y tecnologías en bases ecológicas; tendrá igualmente que proceder en formas administrativas y políticas mucho más descentralizadas y que se apoyen en mayor medida en las comunidades locales; y tendrá que moderar la continua expansión de las ciudades gigantescas y los excesos del consumismo.

Todos estos cambios, y otros muchos que serían necesarios, suenan seguramente demasiado utópicos. Y, sin embargo, ello tal vez no sea el caso. Todos ellos van, por supuesto, contra la corriente del estilo de desarrollo predominante. Pero este estilo está incurriendo en algunas contradicciones y en crisis, por demás severas, las que, a su vez, están generando algunas reacciones de sumo interés.

La crisis del petróleo es, por supuesto, la mejor conocida, y está teniendo algunas consecuencias de la mayor importancia. Para mencionar sólo una, está induciendo grandes esfuerzos para desarrollar fuentes alternativas de energía. Y ésta no es una consecuencia secundaria. En la medida en que el actual estilo de desarrollo está basado en gran medida en la utilización masiva de petróleo barato, de electricidad barata generada a partir del petróleo, y de los productos petroquímicos —o sea, de automóviles, aviación, bienes de consumo durables, mecanización rural, transporte marítimo, fertilizantes, detergentes, plásticos, fibras artificiales—, todo ello producido por empresas de gran tamaño y altamente concentradas, el dramático cambio en el precio del petróleo y en su situación de abastecimientos puede tener efectos bastante sustanciales, no sólo económicos sino también sociales y políticos.

La crisis urbana también está teniendo algunas consecuencias: la circulación de vehículos se está restringiendo y racionalizando; la descentralización y la organización local están siendo estimuladas y las comunidades se están organizando para enfrentar sus propios problemas; hay esfuerzos de descentralización geográfica de las industrias.

La crisis de los servicios de salud está cambiando el acento tradicional hecho en los grandes centros hospitalarios centralizados y muy sofisticados por el fomento creciente de los centros periféricos de dimensión reducida y con la participación de la comunidad, reivindicando incluso el aprovechamiento del conocimiento empírico de diversos practicantes no profesionales de la medicina.

También hay una revolución en gestación en la arquitectura, en donde el estilo transnacional está en crisis en virtud de su fuerte dependencia de energía y materiales importados, o que tienen un alto contenido de importaciones. El uso de materiales y diseños tradicionales locales, apropiados a las características climáticas y de otra naturaleza, y de los conocimientos y habilidades tradicionales de la población en materia de construcción, están insinuándose como alternativas a la tendencia predominante hacia la homogenización transnacional.

Determinados grupos sociales, en especial entre las generaciones jóvenes, están adoptando estilos de vida que son bastante diferentes de la pasión consumista de las pasadas generaciones.

¿Constituye todo esto un proceso emergente de un estilo de vida y un patrón de desarrollo alternativo? Es difícil saberlo, puesto que conocemos muy poco de lo que está pasando en esta materia y de cuán importantes y extendidas son estas manifestaciones. Pero no hay duda que algo está sucediendo, y que se apoya y recibe estímulos de los problemas y las crisis muy serios que caracterizan al estilo de desarrollo prevaleciente, tanto en las sociedades industriales como en las subdesarrolladas. Transformar estas múltiples y profusas reacciones al presente estilo de desarrollo y el conocimiento de las limitaciones y fallas del mismo, en un programa viable en favor de un estilo de desarrollo alternativo, que pudiera satisfacer las necesidades fundamentales de la mayoría de la población a largo plazo y lograr —entre otras cosas— una administración ecológicamente racional de su medio ambiente es, sin duda, una de las tareas más importantes que tenemos por delante (25).

BIBLIOGRAFIA

- 1.— **NICOLO GLIGO y JORGE MERELLO.**— "Notas sobre la historia ecológica de la América Latina", en **Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina**", selección de O. Sunkel y N. Gligo, Fondo de Cultura Económica, Colección Lecturas N° 36, 2 volúmenes, México, 1981. La mayor parte de las citas que siguen en este documento se refieren a trabajos publicados en la obra mencionada, que en lo sucesivo se abreviará como **Estilos...**, **op. cit.**
- 2.— **JOSE J. VILLAMIL.**— "Concepto de estilos de desarrollo, una aproximación", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 3.— **GILBERTO C. GALLOPIN.**— "El medio ambiente humano", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 4.— **RAUL PREBISCH.**— "Biósfera y desarrollo", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 5.— **HERNAN DURAN DE LA FUENTE.**— "Estilos de desarrollo de la industria manufacturera y medio ambiente en la América Latina", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 6.— **NICOLO GLIGO.**— "El estilo de desarrollo agrícola de la América Latina desde la perspectiva ambiental", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 7.— **CONSTANTINO TAPIA.**— "El medio oceánico y la actividad pesquera", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 8.— **SERGIO SALCEDO y JOSE IGNACIO LEYTON.**— "El sector forestal latinoamericano y sus relaciones con el medio ambiental", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 9.— **ARMANDO DI FILIPPO.**— "Distribución espacial de la actividad económica, migraciones y concentración poblacional en la América Latina", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 10.— **SERGIO R. MELNICK.**— "Principales escuelas, tendencias y corrientes de pensamiento"; **JAIME HURTUBIA**, "Ecología y desarrollo: Evolución y perspectivas del pensamiento ecológico", ambos en **Estilos...**, **op. cit.**
- 11.— **ALEJANDRO ROFMAN.**— "La interiorización espacial del estilo de desarrollo prevaleciente en la América Latina", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 12.— **JUAN PABLO ANTUN.**— "Centros de crecimiento explosivo en América Latina", documento E/CEPAL/Proy. 2/R7.
- 13.— **ALBERTO URIBE y FRANCISCO SZEKELY.**— "Localización y tecnología industrial en la América Latina y sus efectos en el medio ambiente", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 14.— **IGNACIO VERGARA.**— "El problema de la contaminación marina producida por el transporte marítimo en la América Latina", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 15.— Véase **JUAN GASTO.**— "Ecosistema. Componentes...", **op. cit.**
- 16.— **NICOLO GLIGO.**— "Estilos de desarrollo agrícola", **op. cit.**; **JORGE ADAMOLI y PATRICIO FERNANDEZ**, "Expansión de la frontera agropecuaria en la cuenca del Plata: antecedentes ecológicos y socioeconómicos para su planificación"; **CHARLES MUELLER**, "La expansión de la frontera agrícola y el medio ambiente. La experiencia reciente en Brasil"; todos en "Estilos...", **op. cit.**
- 17.— **LOWELL JARVIS y EMILIO KLEIN.**— "Generación de empleo y la conservación de los recursos naturales. Un programa para el Salvador", documento E/CEPAL/Proy. 2/R. 30.
- 18.— **GUILLERMO GEISSE y FRANCISCO SABATINI.**— "Renta de la tierra, heterogeneidad urbana y medio ambiente", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 19.— Véase **IAN THOMPSON.**— "Investigación sobre...", **op. cit.**
- 20.— **LUCIO KOVARICK.**— "El precio del progreso: Crecimiento económico, expoliación urbana y la cuestión del medio ambiente", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 21.— **GIORGIO SOLIMANO y GEORGANNE CHAPIN.**— "Efectos del desarrollo socioeconómico y el cambio ecológico sobre la salud y la nutrición en la América Latina", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 22.— **LARISSA LOMNITZ.**— "Organización social y estrategias de sobrevivencia en los estratos marginales urbanos de América Latina", documento E/CEPAL/Proy. 2/R. 24; Centro Internacional para el desarrollo. "Medio ambiente...", **op. cit.**
- 23.— **JORGE WILHEIM.**— "Metropolización y medio ambiente", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 24.— **AMILCAR HERRERA.**— "Desarrollo, medio ambiente y generación de tecnologías apropiadas", en **Estilos...**, **op. cit.**
- 25.— **ALVARO GARCIA HURTADO y EDUARDO GARCIA D'ACUÑA.**— "Las variables ambientales en la planificación del desarrollo: Una posible guía metodológica"; **RUBEN UTRIA**, "La incorporación de la dimensión ambiental en la planificación del desarrollo"; **SANTIAGO TORRES**, "La incorporación de la dimensión ambiental en la planificación regional: Aspectos operacionales". Todos en **Estilos...**, **op. cit.**